

Presentación

Maximiliano Fuentes Codera

Universitat de Girona

La Primera Guerra Mundial y su centralidad historiográfica

Desde hace algunos años, la historiografía europea se encuentra dominada, a grandes rasgos y a pesar de los debates que ésta ha suscitado, por una interpretación de la primera mitad del siglo xx como una «guerra civil europea»¹. En esta periodización, la Gran Guerra constituye el punto de partida de una nueva época, la «entrada» en el siglo, según lo planteó Eric Hobsbawm en su influyente *Historia del Siglo xx*. En cierta manera, agosto de 1914 representa hoy no solamente el final del largo siglo xix, sino también el comienzo de una «guerra de treinta años» que acabó por configurar la matriz de un siglo trágico. Con el derrumbe de los grandes imperios europeos tras la conflagración, la crisis del liberalismo dio lugar a una verdadera explosión de alternativas nacionales, políticas y culturales que cuestionaron de manera radical el tradicional enfrentamiento entre progreso y reacción que había dominado el siglo anterior. Entonces, se abrió la puerta a un proceso explosivo —que se había incubado antes de la guerra pero que ésta contribuyó de manera decisiva a potenciar— cargado de múltiples y variadas salidas

¹ Enzo TRAVERSO: *A sangre y fuego: de la guerra civil europea (1914-1945)*, Valencia, PUV, 2009; Julián CASANOVA: *Europa contra Europa (1914-1945)*, Barcelona, Crítica, 2011, y José Luis COMELLAS: *La guerra civil europea (1914-1945)*, Madrid, Rialp, 2010.

posibles, entre las cuales acabaron por imponerse las de inspiración bolchevique y fascista.

Tal como plantearon Antoine Prost y Jay Winter², la historiografía sobre la Gran Guerra ha pasado por tres grandes configuraciones sucesivas. La primera, que se desarrolló entre 1918 y finales de los años cuarenta, estuvo dominada por estudios de historia militar y diplomática. Fue una historia basada en documentos oficiales que se propuso encontrar al culpable del inicio del conflicto y que tuvo en Pierre Renouvin uno de sus representantes más destacados en Francia. En ella, los combatientes y las sociedades fueron los grandes ausentes. Justamente, éstos fueron los protagonistas del siguiente paradigma que, bajo la influencia de la historia social de *Annales*, ganaron el centro de la escena después de la derrota del nazismo. Esta reorientación hacia una historia de raíz marxista y analítica puso en el centro de los debates los elementos de continuidad entre las dos guerras mundiales y comenzó a hablarse de una «guerra de treinta años». Si la cuestión central de la primera configuración historiográfica había sido la de las hostilidades, ahora el eje pasaba por las relaciones entre guerra y revolución, tal como mostró Annie Kriegel en su conocido *Aux origines du Communisme Français* (1964). Hacia mediados de los años setenta, empezaron a aparecer algunos trabajos que, a pesar de seguir privilegiando esta historia social y unos objetos de estudio vinculados al movimiento obrero, mostraron una cierta ampliación de los horizontes investigadores. Los propios Winter y Prost, John Horne, Jean-Jacques Becker o el fundamental *La Grande Guerre, 1914-1918* (1969) de Marc Ferro comenzaron a incorporar a los acontecimientos militares y diplomáticos el estudio de la opinión pública, la organización económica y las víctimas, entre otros temas. En Alemania, esta modificación relanzó los estudios de historia diplomática y militar sobre la cuestión de los objetivos de la guerra y la política interior y dio lugar a las obras de Fritz Fischer y a los debates posteriores que derivaron con rapidez hacia los orígenes del nazismo³. En el mundo anglosajón, la

² Antoine PROST y Jay WINTER: *Penser la Grande Guerre. Un essai d'historiographie*, París, Seuil, 2004.

³ Annika MOMBAUER: «The Fischer Controversy, Documents and the “Truth” About the Origins of the First World War», *Journal of Contemporary History*, 48 (2) (2013), pp. 290-314.

aportación central de este periodo fue la del británico James Joll, quien incluyó la cuestión de las mentalidades en sus estudios sobre los orígenes del conflicto⁴. La tercera configuración, que continúa dominando de una u otra manera los estudios sobre la Gran Guerra, tiene en la cultura —entendida desde la perspectiva historiográfica del «giro cultural»— su elemento central de análisis. Este pasaje de una historia social a una historia cultural de la Gran Guerra se hizo evidente en dos coloquios internacionales que tuvieron sede en Francia, «Les sociétés européennes et la guerre de 1914-1918» (Nanterre, 1988) y «Guerre et cultures» (Péronne, 1992)⁵. En cuatro años se había pasado de «sociedades europeas» a «culturas». Pero no se trató de una transición demasiado abrupta ya que partía de los estudios de las mentalidades, la opinión pública o las psicologías colectivas desarrollados en las décadas anteriores. En este sentido, la historiografía de la Gran Guerra siguió una evolución similar a la del conjunto de la disciplina.

A partir de los años noventa comenzó a desarrollarse una amplia variedad de estudios que dieron lugar a importantes y encendidos debates que dinamizaron y multiplicaron el conjunto de investigaciones sobre diferentes aspectos del conflicto. Como parte de esta evolución general, que, por razones obvias, se traza aquí de una manera esquemática, el desarrollo del concepto «cultura de guerra» dio lugar a una importante renovación historiográfica. Con él, definido por Stéphane Audoin Rouzeau y Annette Becker como «le champ de toutes les représentations de la guerre forgées par les contemporains»⁶, se pretendía diluir la separación entre el frente y la retaguardia y desarticular la tesis de que los soldados habían sido agentes meramente pasivos bajo la presión de sus su-

⁴ James JOLL: *The origins of the First World War*, Londres, Longman, 1992. Sobre los orígenes de la guerra, véanse, entre la amplísima bibliografía, Annika MOMBAUER: *The Origins of the First World War: Controversies and Consensus*, Londres, Longman, 2002; William MULLIGAN: *The Origins of the First World War*, Cambridge, CUP, 2010, y el reciente Christopher CLARK: *The Sleepwalkers: How Europe went to War in 1914*, Londres, Penguin, 2012.

⁵ Jean-Jacques BECKER y Stéphane AUDOIN-ROUZEAU (coords.): *Les sociétés européennes et la guerre de 1914-1918. Actes du colloque organisé à Nanterre et à Amiens du 8 a 11 décembre 1988*, París, Université de Nanterre, 1990, y Jean-Jacques BECKER et al.: *Guerre et cultures 1914-1918*, París, Armand Colin, 1994.

⁶ Stéphane AUDOIN-ROUZEAU y Annette BECKER: «Violence et consentement: la «culture de guerre» du premier conflit mondial», en Jean-Pierre RIOUX y Jean-François SIRINELLI (dirs.): *Pour une histoire culturelle*, París, Seuil, 1997, pp. 252-271, p. 252.

periores, y se abrían vías hacia estudios sobre el impacto del conflicto sobre los niños y su educación, las atrocidades de la guerra, los procesos de construcción de memoria y duelo, y las violencias, entre otros. Esta estimulante y al mismo tiempo controvertida formulación, difundida por la mayoría de los miembros del Historial de Péronne —quienes eran, a su vez, parcialmente deudores de las tesis de la «brutalización» del periodo entreguerras de George Mosse—, originó una fuerte discusión en Francia que se concentró en los límites del consentimiento y la coerción de los gobiernos para mantener las sociedades en guerra⁷. Esta renovada historia de matriz cultural tuvo reflejos tanto en Alemania como en Gran Bretaña⁸ y, finalmente, acabó por extenderse más allá de los estudios sobre la Gran Guerra⁹.

Como resultado de este nuevo enfoque y de las polémicas que se derivaron de él, la guerra dejó de presentarse como un bloque homogéneo y se fragmentó en varias fases que pusieron de manifiesto tanto la utilidad como los límites del uso del concepto. Comenzó a hablarse entonces de «culturas de guerra» y de «movilización» y «desmovilización» cultural, conceptos que reemplazaron nociones como «pacifismo» o la tan francesa «bourrage de crânes». «Movilizarse» no era únicamente seguir una orden general de reclutamiento o convertirse en una víctima de la propaganda del Estado, era también consentir; «desmovilizarse» consistía en salir de un estado de guerra en medio de múltiples mediaciones¹⁰.

⁷ Leonard SMITH: «The Culture de guerre and French Historiography of the Great War of 1914-1918», *History Compass*, 5-6 (2007), pp. 1967-1979.

⁸ Como ejemplos, Gerhard HIRSCHFELD et al. (dirs.): *Kriegserfahrungen. Studien zur Social und Mentalitätsgeschichte des Ersten Weltkriegs*, Essen, Klartext, 1997, y John HORNE (ed.): *State, society and mobilization in Europe during the First World War*, Cambridge, CUP, 1997.

⁹ Para el caso español, véanse Javier RODRIGO: «Presentación», *Ayer*, 76 (2009), pp. 13-36, y Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: «La cultura de guerra como propuesta historiográfica: una reflexión desde el contemporaneísmo español», *Historia Social*, 61 (2008), pp. 69-87.

¹⁰ Christophe PROCHASSON: «La guerre en ses cultures», en Jean-Jacques BECKER (dir.): *Histoire culturelle de la Grande Guerre*, París, Armand Colin, 2005, p. 263. Para un desarrollo de estos conceptos, véanse John HORNE: «Introduction», en John HORNE (ed.): *State, society...*, pp. 1-17, y el dossier coordinado por el mismo autor, «Démobilisations culturelles après la Grande Guerre», *14-18. Aujourd'hui. Today. Heute*, 5 (2002); véase también la obra colectiva Stéphane AUDOIN-ROUZEAU y Christophe PROCHASSON (dirs.): *Sortir de la Grande Guerre. Le monde et l'après-1918*, París, Tallandier, 2008.

Uno de los hechos más significativos de toda esta renovación historiográfica alrededor de conceptos como «cultura/s de guerra» y «movilización cultural» fue la emergencia de un conjunto de trabajos a nivel continental sobre los intelectuales, las comunidades académicas y el mundo de la cultura que pretendieron analizar sus redes de sociabilidad, sus relaciones con el poder y la educación y su papel fundamental en la construcción de nuevos discursos y culturas nacionales desde una perspectiva dinámica y atenta al desarrollo del conflicto¹¹. Esto se vio favorecido, además, por el auge de la historia cultural ya mencionado y por la recuperación y la renovación de la historia política. En este contexto, y ésta es la perspectiva que pretende adoptar este dossier, los intelectuales dejaron de ser tratados como individuos aislados para ser analizados en la complejidad de sus relaciones con la política, el poder y las sociedades, así como en sus medios de reproducción e influencia. En cierta manera, como escribió Javier Muñoz, fueron situados tanto ante el poder político, las instituciones y la opinión pública como frente a sus propios colegas¹².

Los intelectuales y la guerra

En relación con la cultura europea en su conjunto y con los intelectuales en particular, el inicio de la guerra no representó una transformación total. Fue más bien un salto en el proceso de radicalización iniciado en 1870, caracterizado, entre otras cosas, por una creciente apelación a la violencia y al antisemitismo, y por el

¹¹ Christophe PROCHASSON y Anne RASMUSSEN: *Au nom de la patrie. Les intellectuels et la première guerre mondiale (1910-1919)*, París, La Découverte, 1996; Martha HANNA: *The Mobilization of Intellect. French Scholars and Writers during the Great War*, Cambridge, Harvard University Press, 1996; Nicolas BEAUPRÉ: *Écrire en guerre, écrire la guerre. France, Allemagne 1914-1920*, París, CNRS, 2006; Kurt FLASCH: *Die geistige Mobilmachung. Die deutschen Intellektuellen und der Erste Weltkrieg. Ein Versuch*, Berlín, Verlag Alexander Fest, 2000; Christophe PROCHASSON: «Le troisième front. Savants et écrivains européens en guerre», en Christophe PROCHASSON: *14-18. Retours d'expériences*, París, Tallandier, 2008, pp. 279-305, y Aviël ROSHWALD y Richard STITES (eds.): *European culture in the Great War. The arts, entertainment and propaganda, 1914-1918*, Cambridge, CUP, 1999. Véanse también los trabajos de Wolfgang MOMMSEN, Stéphane AUDOIN-ROUZEAU y Andrea FAVA, en John HORNE (ed.): *State, society...*, pp. 21-69.

¹² Javier MUÑOZ SORO: «Presentación», *Ayer*, 81 (2011), pp. 17-23.

desarrollo de opciones nacionalistas expansivas que auguraban un conflicto armado de escala continental¹³.

Con el comienzo de la guerra, los procesos de movilización cultural fueron dominados por las estrategias de persuasión puestas en marcha por los Estados. Muchos intelectuales vivieron los primeros días de la guerra en un estado de máxima excitación. Varios se alistaron voluntariamente para luchar en el frente. Posiblemente, mucho más revelador que el entusiasmo de la mayoría de los intelectuales que estaban a favor de la intervención, fue el silencio de aquellos que luego se convertirían en abanderados de la lucha contra ella, como George Bernard Shaw, Bertrand Russell, Stefan Zweig o Robert Graves¹⁴. En Alemania, hombres como Georg Simmel, Otto Dix, Hugo von Hofmannsthal, Rainer Maria Rilke o Gerhart Hauptmann, al igual que la mayoría del mundo académico de su país, iniciaron una campaña que presentaba la guerra como una manera de vincular la alta cultura con el conjunto de la sociedad para regenerar la nación. En Francia y Gran Bretaña, en cambio, su tarea se centró en la denuncia de las «atrocidades» y la defensa del «derecho» desde la prensa y desde los ámbitos académicos y escolares como forma de justificar la intervención en el conflicto. Este proceso fue una parte central del esfuerzo bélico para todos los Estados beligerantes, ya que, como escribió Horne, la «diabolisation de l'ennemi est la contrepartie d'une idéalisation de la communauté nationale»¹⁵.

En la construcción de las comunidades nacionales en guerra, una de las más importantes herramientas de intervención colectiva de la cual se dotaron los intelectuales europeos fue el manifiesto público. Como sucedió en España, a nivel europeo, la Gran Guerra se convirtió en una «guerra de manifiestos», que se inició en octubre de 1914 con el conocido «Manifiesto de los 93» de los académicos alemanes, que llevó a que sus pares ingleses, franceses y rusos respondieran con documentos similares. En este marco, se enfrentaron simultáneamente varios proyectos y valores —el libe-

¹³ Emilio GENTILE: *L'apocalisse della modernità. La Grande Guerra per l'uomo nuovo*, Milán, Mondadori, 2008.

¹⁴ Roland STROMBERG: *Redemption by War. The Intellectuals and 1914*, Kansas, The Regents Press of Kansas, 1982, pp. 46-50.

¹⁵ John HORNE: «Introduction», en John HORNE (dir.): *Vers la guerre totale. Le tournant de 1914-1915*, París, Tallandier, 2010, p. 15.

ralismo inglés o los propósitos paneslavistas rusos, entre otros— pero el centro de las polémicas se estructuró alrededor del enfrentamiento entre las «ideas de 1914» alemanas y las herencias del 1789 francés. Así, la gran mayoría de los intelectuales alemanes se abocó a la tarea de forjar una ideología concluyente destinada a confrontar las ideas occidentales de libertad y democracia. Los escritos de Max Scheller, Thomas Mann, Houston S. Chamberlain, Friedrich Meinecke y Rudolf Kjellén, entre otros, sistematizaron esta lógica de confrontación que acabó por impregnar las polémicas de todo el continente europeo y parte del americano¹⁶. Basándose en las tradiciones del derecho, la historiografía y la filosofía románticas, consideraban al Estado alemán como una forma política deseada por el pueblo, que le daba una verdadera libertad que sólo podía ser posible en un sistema donde la monarquía y la burocracia se situaban más allá de intereses particulares de clases y partidos. Esta construcción intelectual fue concebida, a su vez, como un medio de movilización del pueblo contra toda tentativa de reforma del sistema político del Imperio¹⁷. Evidentemente, ya aquí aparecían algunas de las ideas fundamentales de la llamada Revolución Conservadora de los años 1920¹⁸.

Desde el otro lado del Rin, y a partir del inicio de la guerra, intelectuales y artistas franceses realizaron una revisión de los valores y la cultura alemanes que habían respetado y admirado durante mucho tiempo¹⁹. Para la mayoría de ellos, la violencia de la guerra se acabó convirtiendo en un componente consubstancial a la cultura alemana; el orgullo alemán era un dato evidente desde Fichte, a quien pasaba a considerarse como uno de los grandes responsables del conflicto. El pensamiento alemán sufrió duras críticas y fue

¹⁶ Eberhard DEMM: «Les intellectuels allemands et la guerre», en Jean-Jacques BECKER y Stéphane AUDOIN-ROUZEAU (coords.): *Les sociétés européennes et la guerre...*, pp. 183-198.

¹⁷ Aleksandr N. DMITRIEV: «La mobilisation intellectuelle. La communauté académique internationale et la Première Guerre mondiale», *Cahiers du monde russe*, 43/4 (2002), pp. 622-627.

¹⁸ Jeffrey HERF: *El modernismo reaccionario*, Buenos Aires, FCE, 1993, pp. 50-112.

¹⁹ Los argumentos contra el arte y la música alemanes se multiplican en las revistas francesas desde los primeros meses de la guerra. Como ejemplo véase Jules COMBARIEU: «Musiciens allemands et Musiciens français», *La Revue de Paris*, 1 de marzo de 1915, pp. 174-193.

asimilado a la *nuage hégélien* que había venido a oscurecer la razón francesa, hipnotizándola al punto de que grandes maestros como Renan o Taine habían caído bajo su influencia. En este contexto, la guerra expandía las críticas a la noción de progreso tal como había sido asociada con Alemania, con el desarrollo de la ciencia positiva, el comercio, la industria y la organización metódica de la vida social como elementos centrales. Alemania, patria natural de todos los pensadores, había fallado en su sacra misión y la ruta estaba ahora libre para que Francia, antigua maestra de las letras, retomara su función como la nación más inteligente de Europa. Pero, tal como muestra el artículo de Christophe Prochasson incluido en este número, esta uniformidad entre los intelectuales se resquebrajó con la aparición de la disidencia, estigmatizada en la figura de Romain Rolland.

La batalla de Verdun, que tuvo lugar entre febrero y junio de 1916 y costó la vida a 315.000 franceses y 281.000 alemanes, dinamitó las bases de este consenso. Cinco meses después, en el Somme, volvieron a morir 420.000 ingleses, cerca de 200.000 franceses y 450.000 alemanes. Estos dos hechos mostraron que la guerra imaginada y heroica era muy distinta a la real y las protestas comenzaron a crecer. En 1916, Henri Barbusse pudo publicar el libro *Le Feu* y un año después ganó el *Prix Goncourt* por él. Desde mediados de 1916, las publicaciones y agrupamientos que rechazaban la guerra, que tenían, todo ello, a Rolland como guía espiritual, ganaron un cierto terreno en los países más importantes de Europa. En 1917, Stefan Zweig publicó su drama vagamente antibelicista *Jeremias*, mostrando que la oposición a la guerra comenzaba a extenderse. Mientras tanto, en el contexto de la política internacional, en febrero de 1917 la situación en Rusia dio un claro impulso a los partidarios del fin de la guerra, que se referenciaban en las experiencias de las conferencias de Zimmerwald, de septiembre de 1915, y Kienthal, de mayo 1916. Frente a esta situación, Gran Bretaña, Francia y Alemania se vieron obligadas en 1917 y 1918 a fortalecer sus esfuerzos propagandísticos con la colaboración de los intelectuales.

Mientras esto progresaba, se hacía evidente el desengaño vivido por los jóvenes franceses y europeos en general. Desaparecido el entusiasmo de los primeros años de la guerra, el horror se convirtió en el sentimiento más experimentado por los soldados, tal como expresaban Ernst Jünger en sus textos y Otto Dix y Max Beckmann

en sus pinturas. La guerra, que debía haber sido una cruzada por un mundo nuevo, abrió otra vez la puerta a la incertidumbre. Así lo expresó un capitán francés: «Assistiamo alla fine di un mondo, ai soprassalti di una civiltà che si suicida. Del resto, a parte le sofferenze che questo provoca, non poteva fare di meglio»²⁰. Sin embargo, en este proceso, la lucha por la construcción de un nuevo mundo alumbró también su primera experiencia triunfante: la revolución bolchevique.

Después de la guerra, los intelectuales ya no volvieron a tener un comportamiento intelectual autónomo y singular. El conflicto se convirtió en una guía de lectura imprescindible para definir sus posturas futuras tanto a nivel social como nacional durante las décadas siguientes. Entre los alemanes, la derrota y la problemática instauración de la República de Weimar dio un sustrato que proporcionó al nacionalsocialismo una base mítica para la fundamentación de su proyecto político²¹. En el caso francés, el triunfo en la guerra perdió relevancia frente a la amplitud de un desastre que había afectado a la humanidad en su conjunto y produjo entre los intelectuales una «doublé mauvaise conscience»²² por su papel en la propaganda de guerra y por su acercamiento hacia el poder político.

España y la Gran Guerra: historiografía y ausencias historiográficas

A pesar de que el estudio del impacto y el desarrollo de la Gran Guerra en los países neutrales es sensiblemente menor al de aquellos que intervinieron en el conflicto, actualmente la bibliografía disponible comienza a ser significativa²³. Para el caso español, no

²⁰ Citado en Emilio GENTILE: *L'apocalisse della modernità...*, p. 242.

²¹ George MOSSE: *De la grande guerre au totalitarisme. La brutalisation des sociétés européennes*, París, Hachette, 1999, y Peter FRITZSCHE: *De alemanes a nazis 1914-1933*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, pp. 93-140.

²² Jean-François SIRINELLI: «Les intellectuels français et la guerre», en Jean-Jacques BECKER y Stéphane AUDOIN-ROUZEAU (coords.): *Les sociétés européennes et la guerre...*, p. 151.

²³ Entre las obras de carácter relativamente general destacan: Hans SCHMITT (ed.): *Neutral Europe Between War and Revolution, 1917-1923*, Charlottesville, The University Press of Virginia, 1988; Rebecka LETTEVALL, Geert SOMSEN y Sven WIDMALM (eds.): *Neutrality in Twentieth-century Europe: Intersections of Science, Cul-*

obstante el fácilmente constatable retraso histórico en este campo y el hecho de que en los estudios generales sobre la historia de la Primera Guerra Mundial las referencias a España suelen ser breves o directamente inexistentes²⁴, comienza a haber una cierta cantidad de publicaciones destacables²⁵. En las últimas décadas, los aspectos más analizados han sido las relaciones internacionales, la economía y, en menor medida, la relación entre la política interior y el desarrollo europeo²⁶. También han sido trabajados con profundidad los

ture, and Politics After the First World War, York, Routledge, 2012; Hermanus AMERSFOORT y Wim KLINKERT (eds.): *Small powers in the age of total war, 1900-1940*, Ámsterdam, Brill, 2011, y Olivier COMPAGNON: «Entrer en guerre? Neutralité et engagement de l'Amérique latine entre 1914 et 1918», *Relations internationales*, 137 (2009), pp. 31-43. Sobre algunos países en concreto, Ismee TAMES: «“War on our Minds” War, neutrality and identity in Dutch public debate during the First World War», *First World Studies*, 2 (2012), pp. 201-216; Maartje ABENHUIS: *The Art of Staying Neutral: The Netherlands in the First World War, 1914-1918*, Ámsterdam, Amsterdam University Press, 2006; Yannis MOURELOS (ed.): *La France et la Grèce dans la grande guerre. Actes du colloque tenu en novembre 1989 à Thessalonique*, Tesalónica, Université, 1992; Carsten DUE-NIELSEN: «Denmark and the First World War», *Scandinavian Journal of History*, 1 (1985), pp. 1-18; María Inés TATO: «La disputa por la argentinidad. Rupturistas y neutralistas durante la Primera Guerra Mundial», *Temas de Historia Argentina y Americana*, 13 (2008), pp. 227-250, y Hernán OTERO: *La guerra en la sangre. Los franco-argentinos ante la Primera Guerra Mundial*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

²⁴ En las obras colectivas sobre la Gran Guerra, España es casi siempre un ausente; una excepción a esta situación general: Jean-Marc DELAUNAY: «1914. Les espagnols et la guerre», en Jean-Jacques BECKER y Stéphane AUDOIN-ROUZEAU (coords.): *Les sociétés européennes et la guerre...*, pp. 117-132.

²⁵ Una visión panorámica de la gran mayoría de los aspectos derivados del conflicto puede consultarse en Francisco ROMERO SALVADÓ: *España 1914-1918. Entre la guerra y la revolución*, Barcelona, Crítica, 2002, e íd.: *The foundations of Civil War: Revolution, social conflict and reaction in liberal Spain, 1916-1923*, Nueva York, Routledge, 2009; también véase Elena PALACIOS NAVARRO: *España y la Primera Guerra Mundial*, tesis doctoral, Madrid, UCM, 1995.

²⁶ La mayoría de los trabajos más importantes se citan a lo largo de este dossier. No obstante, es importante mencionar algunos libros recientes: Carolina GARCÍA SANZ: *La Primera Guerra Mundial en el Estrecho de Gibraltar. Economía, política y relaciones internacionales*, Madrid, CSIC, 2012; Francisco Javier PONCE MARRERO: *Canarias en la Gran Guerra, 1914-1918: estrategia y diplomacia. Un estudio sobre la política exterior de España*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria Ediciones, 2006. Para un análisis de la historiografía sobre la neutralidad española, aunque centrado casi exclusivamente en los estudios sobre relaciones internacionales, véase Rubén DOMÍNGUEZ MÉNDEZ: «La Gran Guerra y la neutralidad española: entre la tradición historiográfica y las nuevas líneas de investigación», *Spagna Contemporanea*, 34 (2008), pp. 27-44.

temas vinculados a la propaganda, así como las múltiples relaciones del conflicto entre la aliadofilia y el desarrollo del nacionalismo catalán²⁷. No obstante, como afirmaba hace más de diez años Manuel Espadas Burgos, «la incidencia de la Primera Guerra Mundial en España continúa hoy como uno de los capítulos de la historia de nuestro siglo más necesitado de investigación»²⁸.

En este marco, la escasez de trabajos sobre la influencia de la guerra en la cultura y, más específicamente, el papel de los intelectuales en ella, es un hecho que resalta con facilidad. A pesar de que existen estudios dedicados a algunas figuras y revistas²⁹, no dispone-

²⁷ Paul AUBERT: «La propagande étrangère en Espagne dans le Premier tiers du XX^e siècle», *Mélanges de la Casa Velázquez*, 31/3 (1995), pp. 103-176; Jean-Marc DELAUNAY: «Relations franco-espagnoles autour de la Première Guerre Mondiale», *Mélanges de la Casa Velázquez*, XVIII/2 (1982), pp. 129-148; íd.: «L'action diplomatique des pays belligérants en direction de l'opinion publique espagnole durant la première Guerre Mondiale», en *Opinion Publique et Politique Extérieure*, vol. II, 1915-1940, Roma, École Française de Rome-Università di Milano, 1984, pp. 229-234; Luis ÁLVAREZ GUTIÉRREZ: «Intentos alemanes para contrarrestar la influencia francesa sobre la opinión pública española en los años precedentes a la Primera Guerra Mundial», en VVAA: *Españoles y franceses en la primera mitad del siglo XX*, Madrid, CSIC, 1986, pp. 1-22, y véanse también los artículos de Fernando GARCÍA SANZ, Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA y María Dolores ELIZALDE PÉREZ-GRUESO en el dossier «Los servicios de información modernos y contemporáneos», *Revista de Historia Militar*, 4 (2005), pp. 147-258. Sobre Cataluña: David MARTÍNEZ FIAL: *El catalanisme i la Gran Guerra. Antologia*, Barcelona, La Magrana, 1988; íd.: *Els «Voluntaris catalans» a la Gran Guerra (1914-1918)*, Barcelona, Publicacions de l'Abadía de Montserrat, 1991; Maurice VAISSE: «La Catalogne, la France et la guerre de 1914-1918, à partir des archives de la Commission de contrôle postal de Narbonne», *Revue d'Histoire Diplomatique*, 1 (1981), pp. 43-66, y Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: *Internacionalitzant el nacionalisme. El catalanisme polític i la qüestió de les minories nacionals a Europa (1914-1936)*, Catarroja-Valencia, Afers-Universitat de València, 2010.

²⁸ Manuel ESPADAS BURGOS: «España y la Primera Guerra Mundial», en Javier TUSSELL et al.: *La política exterior de España en el siglo XX*, Madrid, UNED, 2000, p. 97.

²⁹ Entre otros, véanse Santos JULIÁ: «Azaña ante la Gran Guerra», *Claves de razón práctica*, 94 (1999), pp. 64-67; Manuel MENÉNDEZ ALZAMORA: «“Vieja y Nueva Política” y el semanario *España* en el nacimiento de la Generación del 14», en María Teresa LÓPEZ DE LA VIEJA (ed.): *Política y sociedad en Ortega y Gasset. En torno a «Vieja y Nueva Política»*, Barcelona, Anthropos, 1997, pp. 185-194; Maximiliano FUENTES CODERA: *El campo de fuerzas europeo en Cataluña. Eugeni d'Ors en los primeros años de la Gran Guerra*, Lleida, Universitat de Lleida-Pagès Editors, 2009; Joan SAFONT: *Per França i Anglaterra. La I Guerra Mundial dels aliadòfils catalans*, Barcelona, A Contra Vent, 2012, y Jesús María RODÉS y Enric UCELAY DA CAL: «“Els Amics d'Europa” i “Messidor”. Nacionalisme i internacionalisme», *L'Avenç*, 69 (1984), pp. 62-72.

mos de una visión de conjunto que analice el impacto del conflicto. Por ello, aún sigue citándose profusamente un trabajo de Fernando Díaz-Plaja que está lejos de ser un análisis de historia intelectual en los términos que lo son algunas obras de referencia europeas³⁰. En este contexto, sin lugar a dudas, las aportaciones más relevantes son algunos trabajos de Gerald Meaker y Javier Varela³¹. Dado este panorama, no es extraño uno de los mejores conocedores del ambiente intelectual español de esta época, José-Carlos Mainer, haya señalado la llamativa ausencia de investigaciones generales sobre el impacto de la Gran Guerra en los intelectuales españoles³².

Como parte de este marco general, vale la pena destacar, por un lado, que en las obras recientes que han realizado una interpretación general sobre los intelectuales españoles durante los siglos XIX y XX, la importancia de la Gran Guerra aparece desdibujada. Los libros de Santos Juliá (*Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004), Javier Varela (*La novela de España. Los intelectuales y el problema español*, Madrid, Taurus, 1999), Inman Fox (*La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*, Madrid, Cátedra, 1997), Juan Marichal (*El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política*, Madrid, Taurus, 1995) o el reciente volumen 6 de la *Historia de la literatura española*, titulado por José-Carlos Mainer *Modernidad y nacionalismo (1900-1939)* (Madrid, Crítica, 2010) —sólo por citar algunas de las más relevantes— así lo demuestran³³. La Primera Guerra Mundial aparece, en todos estos casos, como una referencia marginal de un proceso que se había iniciado en 1898 y que acabaría en la Segunda República y en

³⁰ Fernando DÍAZ-PLAJA: *Francófilos y germanófilos*, Barcelona, Dopesa, 1972.

³¹ Gerald MEAKER: «A Civil War of Words: The Ideological Impact of the First World War on Spain, 1914-1918», en Hans A. SCHMITT (ed.): *Neutral Europe Between War and Revolution, 1917-1923*, Charlottesville, The University Press of Virginia, 1988, pp. 1-65, y Javier VARELA: «Los intelectuales españoles ante la Gran Guerra», *Claves de razón práctica*, 88 (1998), pp. 27-37.

³² José-Carlos MAINER: «La nueva *intelligentsia* franquista y Europa», en Francesc VILANOVA I VILA-ABADAL y Pere YSÀS I SOLADES (eds.): *Europa, 1939. El año de las catástrofes*, Valencia, PUV, 2010, pp. 93-108, pp. 100-101, n. 6.

³³ Es necesario resaltar que dos obras clave de José-Carlos MAINER: *La doma de la quimera: ensayos sobre nacionalismo y cultura en España* (Bellaterra, Servei de Publicacions de la Universitat Autònoma de Barcelona, 1988) y *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural* (Madrid, Cátedra, 1981) tampoco contienen reflexiones sobre el impacto de la guerra que vayan más allá de las dos o tres páginas.

la posterior Guerra Civil. Por otra parte, es claro también que 1914 aparece como un punto de frontera en los estudios sobre los intelectuales españoles. A diferencia de lo que pretendió mostrar hace años Robert Wohl en *The Generation of 1914* (Cambridge, Harvard University Press, 1979), este año no constituye un punto de partida para nuevas reflexiones sino, más bien, el final de un proceso iniciado en 1898³⁴. En este sentido, resulta igualmente ilustrativo que una obra relevante sobre la generación del 14, después de dedicarle casi cuarenta páginas a los primeros años de la guerra, de por acabado su análisis a finales de 1915³⁵. Claramente, la cronología estrictamente española se impone frente al contexto europeo. Así se demuestra también para el periodo posterior, el de la crisis del liberalismo, que, al menos para algunos autores, parece tener pocos puntos de contacto con los años de la Gran Guerra³⁶.

¿Cuáles son las razones que pueden explicar esta situación? Sin duda, la condición neutral del Estado español durante todo el conflicto debe colocarse en primer lugar. Asimismo, tampoco puede dejarse de lado la centralidad —en términos sociales, políticos, económicos y también culturales— que asumió la guerra de Marruecos durante las primeras décadas del siglo pasado. Pero más allá de estas cuestiones fundamentales, la respuesta a esta pregunta también ha de buscarse tanto en los discursos historiográficos como en los textos de los propios intelectuales.

En términos historiográficos, esta «ausencia» no es del todo sorprendente si la enmarcamos en el estado de los estudios sobre el nacionalismo español del periodo de la Restauración hasta los años noventa, cuando el debate sobre el nacionalismo español —y también sobre los procesos de nacionalización— cobró relevancia en los estudios académicos sobre la España contemporánea³⁷. Hasta entonces, en los análisis sobre los discursos historiográficos sobre

³⁴ Eric STORM: *La perspectiva del progreso. Pensamiento político en la España del cambio de siglo (1890-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001, y Juan Carlos SÁNCHEZ ILLÁN: *La nación inacabada. Los intelectuales y el proceso de construcción nacional (1900-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002.

³⁵ Manuel MENÉNDEZ ALZAMORA: *La generación del 14. Una aventura intelectual*, Madrid, Siglo XXI, 2006.

³⁶ Cfr. Víctor OUIMETTE: *Los intelectuales españoles y el naufragio del liberalismo (1923-1936)*, Valencia, Pretextos, 1996.

³⁷ Ferran ARCHILÉS: «Melancólico bucle. Narrativas de la nación fracasada e historiografía española contemporánea», en Ismael SAZ y Ferran ARCHILÉS (eds.):

los intelectuales españoles sobrevivía, en parte, la idea de que mientras Europa había asistido en las décadas seculares al nacimiento de nuevos nacionalismos, la España del regeneracionismo parecía inmune a ellos. La paradoja resultaba evidente. El núcleo de los nuevos nacionalismos europeos estaba constituido, justamente, por el binomio decadencia/regeneración, mientras que en España la indudable presencia de dicho binomio parecía ocultar la eclosión nacionalista³⁸. Importantes trabajos en los últimos años han puesto de manifiesto este problema a la hora de analizar los pensamientos nacionalistas de las primeras décadas del siglo XX, dando una especial relevancia, por un lado, a la influencia de las corrientes intelectuales europeas entre los hombres de letras españoles y, por otro, sosteniendo la ausencia de una excepcionalidad en sus ideas respecto del contexto europeo³⁹. Como ha escrito Javier Moreno Luzón, asistimos, pues, al fin de la melancolía⁴⁰.

Hace años, Vicente Cacho Viu mostró cómo la crisis de fin de siglo europea fue experimentada en España, con el marco de la pérdida de las colonias como hecho central y con algunas características propias, en términos comparables a los de la mayoría de países⁴¹. Para los años posteriores, y a pesar de los problemas metodológicos que puede tener su aproximación generacional, Robert Wohl destacó los muchos puntos en común entre las «generaciones perdidas» europeas y la española encabezada por Ortega⁴². Parece evidente, pues, la dificultad de estudiar a los intelectuales

Estudios sobre nacionalismo y nación en la España contemporánea, Zaragoza, PUZ, 2011, pp. 245-330.

³⁸ Carlos FORCADELL, Ismael SAZ y Pilar SALOMÓN: «Introducción», en Carlos FORCADELL, Ismael SAZ y Pilar SALOMÓN (eds.): *Discursos de España en el siglo XX*, Valencia, PUV, 2009, pp. 9-15, p. 10.

³⁹ Ismael SAZ: *España contra España*, Madrid, Marcial Pons, 2003; ID.: «Las culturas de los nacionalismos franquistas», *Ayer*, 71 (2008), pp. 153-174, y Santos JULIÁ: *Historias de las dos Españas...*

⁴⁰ Javier MORENO LUZÓN: «Introducción: El fin de la melancolía», en Javier MORENO LUZÓN (ed.): *Construir España. Nacionalismo español y procesos de nacionalización*, Madrid, CEPC, 2007, pp. 13-24.

⁴¹ Vicente CACHO VIU: *Repensar el 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997. Véase también Eric STORM: «The rise of the intellectual around 1900: Spain and France», *European History Quarterly*, vol. 32, 2 (2002), pp. 139-160.

⁴² Véase también Marina DÍAZ CRISTÓBAL: «¿La Generación clásica? Modernidad, modernismo y la generación del 14», *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, 8 (2002), pp. 146-147.

españoles haciendo referencia al *problema* de España en términos locales y excepcionales —como muchos de ellos se empeñaron en presentarlo a sus contemporáneos— por su intrínseca relación con las reflexiones sobre la crisis del positivismo, la ciencia y las morales colectivas, la aparición de elementos como el irracionalismo, el vitalismo y los nuevos tipos de nacionalismos que acabaron por explotar en 1914.

A pesar de los grandes avances conseguidos, la falta de estudios sobre la Gran Guerra denota la pervivencia de una cuestión conflictiva, heredada de los discursos nacionalistas de algunos intelectuales regeneracionistas. Se trata de un elemento central del discurso de la degeneración, del fracaso de España como nación: la idea de que España no formaba parte de Europa, que no acababa de encajar en ella, y por ello para *regenerarse* había de buscar necesariamente en Europa los antídotos contra su enfermedad. Sin embargo, es necesario insistir en que, a pesar de que en las primeras décadas del siglo xx España no estaba en el centro de las grandes alianzas internacionales, en el plano de la cultura estaba especialmente inserta en Europa. Desde luego, los intelectuales, y sobre todo aquellos que escribían una y otra vez sobre el *problema* de España, estaban plenamente influenciados por su ambiente intelectual y tenían un cierto impacto sobre él. En este sentido, si nos preguntamos sobre los tipos de lecturas que habían forjado las ideas de Unamuno, Baroja, Azorín, Altamira, Maeztu, Ortega y Gasset, D'Ors o Azaña, la respuesta resulta obvia: en textos de las principales figuras europeas y, entre ellas, sobre todo las que dominaban las esferas intelectuales inglesas, francesas y alemanas.

La proyección del conflicto europeo

Como es conocido, la Gran Guerra llevó a la explosión de los discursos europeos palingenésicos sobre la enfermedad, crisis, decadencia y resurrección de las naciones europeas. Y en esto España tampoco fue una excepción. La gran mayoría de los intelectuales que habían bebido de las fuentes del regeneracionismo recondujo sus ideas en el marco de un heterogéneo *aliadofilismo* —y, en menor medida, de particulares discursos neutralistas y germanófilos—, radicalizando sus argumentaciones, que asumieron en no pocos ca-

sos características ciertamente místicas, a la espera de que la influencia de Europa, primero en guerra y después en paz, sacara a España de su decaimiento nacional. Tal como pretende ilustrar este monográfico, las ideas de los intelectuales españoles se articularon a partir de las mismas antinomias, analogías y metáforas utilizadas por los escritores aliadófilos del resto de Europa. No es extraño, en este sentido, que el gran enemigo de una parte significativa de los germanófilos (y de su propaganda) fuese mucho más Inglaterra que Francia, tal como sucedía entre los intelectuales alemanes, o que los más fervientes aliadófilos reunidos en *Iberia* o *España* emplearan las mismas metáforas para criticar la barbarie alemana que sus colegas franceses⁴³.

Como intenta mostrar este dossier, a diferencia de lo que se ha pensado muchas veces, la guerra no tuvo una incidencia menor en la sociedad española. Las filias y fobias «desunieron matrimonios, disolvieron traumáticamente tertulias de amigos y calaron mucho más hondo en la frivolidad de las masas españolas, que los auténticos problemas de la vida pública»⁴⁴. En este escenario, los intelectuales ocuparon un papel de máxima relevancia para desarrollar el proceso de «movilización cultural» que se experimentó en España. Estos hombres de letras, que escribían mayoritariamente en periódicos de gran difusión bajo la presión de la propaganda europea y de la política interior, fueron una pieza central de toda esta estructura. Su relación con la política se hizo cada vez más estrecha al calor de un conflicto que les encontró, a la altura de 1917, en alguno de los polos de acción que pusieron en jaque el sistema restauracionista. En este sentido, la guerra les convirtió en los verdaderos catalizadores de la opinión nacional y, con ello, simbolizó su entrada en la *madurez*, profundizando sus relaciones con la política.

Diez años después del final de la Guerra Civil, en el exilio de Buenos Aires, Francisco Ayala publicó *La cabeza del cordero*, un conjunto de narraciones cuyo proemio planteaba que las divisiones ideo-

⁴³ Véase el resumen de los argumentos franceses y alemanes que aparece en Jean-Jacques BECKER y Gerd KRUMEICH: *La Grande Guerre. Une histoire franco-allemande*, París, Tallandier, 2008, pp. 104-109.

⁴⁴ Melchor FERNÁNDEZ ALMAGRO y Gabriel MAURA GAMAZO: *Por qué cayó Alfonso XIII. Evolución y disolución de los partidos históricos durante su reinado*, Madrid, Ambos Mundos, 1948, p. 273; citado en María Jesús GONZÁLEZ HERNÁNDEZ: *Ciudadanía y Acción. El conservadurismo maurista, 1907-1923*, Madrid, Siglo XXI, 1990, p. 53.

lógicas de la Guerra Civil habían tenido sus orígenes en la Primera Guerra Mundial, donde los «partidos diseñaron, en aquella España neutralizada, el tajo que más tarde escindiría a los españoles en dos bandos irreconciliables»⁴⁵. Son varios los testimonios que caracterizan metafóricamente la sociedad española de 1914 a 1918 como una sociedad en estado de guerra civil. Ortega y Gasset, en octubre de 1915 y desde las páginas de *España*, observó que la disensión entre francófilos y germanófilos sólo servía para agravar «la enfermedad mayor que padece España desde hace muchos años: la discordia, la terrible secesión de los corazones, el odio omnímodo, el rencor»⁴⁶. Miguel de Unamuno, en el mitin de la Plaza de Toros de Madrid del 27 de mayo de 1917, cuestionó la neutralidad del gobierno español al preguntar: «¿Qué puede retener a los poderes públicos de incorporarse a la historia de Europa? ¿Miedo a la guerra civil, acaso? Es que la tenemos ya; tenemos la guerra civil en España»⁴⁷. Pío Baroja planteó algo parecido en diciembre de 1916 en las páginas de *ABC*: «desde que comenzó el conflicto europeo, el pueblo español, como la mayoría de los pueblos neutrales, está en plena guerra civil»⁴⁸. Desde una perspectiva contemporánea, Gerald Meaker ha afirmado que la división entre aliadófilos y germanófilos «found expression in a polemic so bitter and sustained, so filled with rancor and self-righteousness, that it had the moral quality of a civil war. It was in fact a civil war of words»⁴⁹. Romero Salvadó, siguiendo este razonamiento, también ha observado que esta apasionada polémica «supuso un choque verbal entre las dos Españas y fue el presagio de la guerra civil real que estallaría en el futuro y para la que sólo faltaba una generación»⁵⁰.

A la luz de los artículos que aquí se presentan parece necesario matizar este planteamiento general, al menos en algunos aspectos

⁴⁵ Citado en Javier KRAUEL: «Visión parcial del enemigo íntimo: La Gran Guerra como antesala de la Guerra Civil», *Vanderbilt e-Journal of Luso-Hispanic Studies*, 5 (2009), pp. 155-176.

⁴⁶ José ORTEGA Y GASSET: «Una manera de pensar. II», *España*, 14 de octubre de 1915, p. 3; en *Obras completas*, vol. I, 1902-1915, Madrid, Taurus, 2005, p. 909.

⁴⁷ «Discurso: Mitin de las izquierdas, Madrid», en Miguel de UNAMUNO: *Artículos olvidados sobre España y la Primera Guerra Mundial*, Londres, Tamesis, 1976, p. 91.

⁴⁸ Pío BAROJA: *Nuevo tablado de Arlequín*, Madrid, Caro Raggio, 1982, p. 177.

⁴⁹ Gerald MEAKER: «A Civil War of Words...», p. 2.

⁵⁰ Francisco ROMERO SALVADÓ: *España. 1914-1918...*, p. 11.

concretos. Sin duda, la Gran Guerra representó una experiencia fundamental para entender las reflexiones que hicieron los intelectuales durante su desarrollo y después de su fin. Lo propio sucedió con las diferentes opciones políticas y el conjunto de la sociedad, que también se posicionaron. Sin embargo, estos alineamientos no coinciden en todos los casos con aquellos que se dieron durante la dictadura de Primo de Rivera y la Segunda República y, sobre todo, esta división tan tajante ignora las heterogeneidades en los grandes bloques germanófilo y aliadófilo e, inclusive, dentro de cada movimiento político. Tampoco tiene en cuenta el carácter dinámico del conflicto ni sus diferentes fases tal y como ha sido enfatizado por la historiografía europea.

Sin embargo, más allá de estas matizaciones, los planteamientos alrededor de la idea de una «guerra civil» continúan siendo fundamentales para comprender la importancia del impacto del conflicto. En este sentido, es claro que no pueden dejarse de lado las huellas de la Gran Guerra en la política y los intelectuales en una España que a pesar de que no tuvo los millones de excombatientes que nutrieron las diferentes propuestas de nacionalismo radical en Europa, vio cómo los discursos políticos, las lecturas de las opciones posibles frente a un régimen en crisis y la necesidad de articular nuevas formulaciones para renovar las culturas políticas nacionalistas resultaron profundamente afectadas. No hubo un Estado en guerra ni unos esfuerzos bélicos que afectaran a la sociedad, pero existió una voluntad consciente para pensar el conflicto y posicionarse en consecuencia que, en su desarrollo, acabó por vincular estrechamente el pensamiento sobre la guerra con la realidad política española y su renovación vital-nacional.

Desde esta perspectiva general, este dossier se propone realizar una aproximación al análisis del impacto cultural y político de la Gran Guerra en España teniendo en cuenta tanto el marco general europeo como las propias características locales de uno de los países neutrales más relevantes del continente. Con este propósito, se presentan cuatro contribuciones de reconocidos especialistas. Dos de ellas, las de Christophe Prochasson y Patrizia Dogliani, estudian unos escenarios, el francés y el italiano, especialmente relevantes para el análisis de los intelectuales españoles en un marco comparativo europeo. Las dos restantes, a cargo de Santos Juliá y quien firma este texto, tienen por objeto examinar el ámbito español

desde la perspectiva de las filias y fobias que dominaron el impacto del conflicto en nuestro país y configuraron una verdadera «guerra civil de palabras» que sirvió de base para las renovadas propuestas culturales y políticas de los años veinte y treinta que, a pesar de que no siempre coincidieron con los campos enfrentados entre 1914 y 1918, no pueden comprenderse al margen de su influencia.

* * *

Antes de finalizar esta presentación, quiero mencionar algunos colegas y amigos que han sido fundamentales para que este monográfico haya podido llegar a materializarse. Ismael Saz acogió con generosidad e interés mi propuesta original y contribuyó decisivamente en sus inicios. Con sus trabajos, comentarios y sugerencias, Ángel Duarte, Anna María García, Ferran Archilés, Juan Avilés y el consejo de redacción de *Ayer* ayudaron a mejorar algunos aspectos esenciales de este número. Teresa María Ortega y María Sierra resolvieron siempre, y con rapidez, todas las dificultades que fueron apareciendo. Finalmente, *last but not least*, no puedo dejar de agradecer profundamente a los prestigiosos colaboradores de este monográfico por haber aceptado embarcarse en esta aventura.

